



[Volver a "de sentido común"](#)

### 57 - De Sentido Común: **“Obrar en conciencia...”**

En la moral católica se enseña que el principio próximo del obrar moral, es decir lo que nos ayuda a distinguir lo bueno y lo malo, es la conciencia. La conciencia moral es esa especie de “olfato” que nos hace tomar o rechazar de modo sencillo lo que está en “buen estado” o en “mal estado” porque “huele mal”, moralmente hablando. La conciencia es la “regla”, la “voz”, que debemos seguir y escuchar para obrar.

Sin embargo, la conciencia, no es un criterio absoluto, sino que tiene que ser regulada y calibrada a la vez por algo objetivo: la ley natural y la ley divina (ambas consignadas en los diez mandamientos). De modo parecido al hecho de mirar la hora en el reloj pulsera y ajustarla, a la vez, según la hora oficial, o el pesar en una balanza que necesita ser calibrada para que tenga un peso exacto (de aquí viene el concepto de “ponderar” = pesar). Si la conciencia fuera totalmente autónoma sería muy difícil vivir en sociedad porque cada uno

[Volver a "de sentido común"](#)



## **“De Sentido Común”**

*Ciclo de Reflexiones a cargo del Padre Héctor Albarracín*

haría lo que le parece sin importar qué está bien y qué está mal... (¡cualquier coincidencia con la realidad es mera casualidad!)

Entre tanta confusión reinante es fundamental acostumbrarse a formar bien la conciencia y seguirla, de tal manera que lo dulce resulte dulce y lo amargo como amargo; lo bueno sea percibido como bueno, y lo malo como malo; más allá de que me guste o no me guste, me convenga o no me convenga, lo hagan todos o solo lo haga yo. En el mar agitado del mundo es necesario – para no marearse- mirar un punto fijo y distante: ese es la conciencia.

Los que se dejan arrastrar por las malas modas o por la ideología y cambian los criterios morales que aprendieron de su familia o de la Iglesia, no solo pueden realizar algo que está mal sino que –de alguna manera- se traicionan a si mismos y a su familia, aunque hayan tenido que “anestesiarla” para quedarse relativamente tranquilos. La conciencia es un juez justo y misericordioso (como su Creador), “los demás” son, muchas veces, amigos permisivos que se transforman fácilmente en verdugos implacables.

Distinto del que obra “contra” su conciencia es el que se equivoca, el que ignora, éste – cuando sea corregido o enseñado- se convertirá con relativa facilidad: San Pablo pasó de ser perseguidor de los cristianos a ser apóstol, mientras que los fariseos no podían ver los milagros de Jesús porque no querían verlos.

El signo de una buena conciencia es la alegría y paz cuando realiza el bien y el arrepentimiento cuando realiza algo malo; los signos de la mala conciencia son el doblez, el engaño, la hipocresía y la violencia, porque el que traiciona su conciencia persigue – como a un espejo- a todos aquellos que le recuerdan su traición...

Dios entra en nuestra conciencia con paz, con naturalidad, sin violentarla, le infunde ideas y sentimientos que nos plenifican como seres humanos y como cristianos; el demonio – por el contrario- entra con violencia, con ruido. Para poder distinguir entre ambas influencias necesitamos silencio interior porque no se puede escuchar una voz serena en el ruido. Al final de nuestros días, cuando estemos ante el juicio de Dios, nuestra conciencia será nuestro mejor abogado o nuestro peor verdugo, eso dependerá en gran parte de las visitas que hemos dejado entrar...

Nada ni nadie puede violentar nuestra conciencia si no se lo permitimos, ella es nuestro “bunker” más seguro y el recinto más libre; puede ser que “afuera” esté a veces sucio y agitado y tengamos que convivir con malas influencias que no dependen de nosotros, pero en nuestra conciencia, que esté limpio y ordenado y que solo recibamos a las buenas visitas...



P. Héctor Albarracín

[Volver a "de sentido común"](#)